

MARIANO PICON-SALAS

OBRAS SELECTAS

Segunda edición, corregida y aumentada



EDICIONES EDIME
MADRID - CARACAS
1962

PARA UN RETRATO DE ALBERTO ADRIANI

(1936)

A los hombres jóvenes de Venezuela, en memoria de una juventud laboriosa, seria para cumplir su tarea, contraída y honesta en el servicio común, como fue la irreparable juventud de Alberto Adriani.

No puedo decir aún, en el ensimismamiento y estupor emocional de que no me recobro, la admiración que tenía, la carga fecunda de grandes esperanzas venezolanas que todos habíamos puesto en Alberto Adriani. Comí en su compañía (y este es mi último recuerdo) la noche del 24 de julio, conmemoración del Libertador, día en que llovió mucho en Caracas y en que nos reunimos como cada semana, a conversar y divagar frente a aquellas pastas italianas y la botellita de vino «Chianti» del Restaurant de Contestabile. El era todo el señor ministro, uno de los hombres más considerados de Venezuela; pero para mí continuaba siendo el compañero de colegio, el amigo de infancia con quien sobre cualquier otra posición oficial nos unía todo el tiempo pasado, los episodios comunes de nuestra adolescencia, una amistad sin duda ni secretos que no lograron destruir los años ni las distancias. A veces él estaba en Ginebra, en Londres, en New York, o sencillamente en Zea, Estado de Mérida, trabajando las tierras de sus padres, y yo vivía en Chile; pero nuestras cartas valían por largas conversaciones. Y toda nuestra evolución mental podía seguirse en ellas con las dudas, los análisis, las rectificaciones de todo hombre que piensa. Cuando regresó a Venezuela en 1931 pasó por Caracas, y algunos personajes oficiales rondaron en torno suyo para ofrecerle algunos puestos decorativos en Relaciones Exteriores. En el extranjero había medido—y a veces era necesario salir de Venezuela para tener una perspectiva exacta de la tiranía—todo el horror del go-